ION

PLATÓN

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE
BUENOS AIRES

Traducción directa introducción y notas
de Adolfo Ruíz Díaz

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Introducción 5

1. Sócrates. La poesía y los poetas, 5
2. Producción e imitación en la estética griega, 8
3. Platón y el problema de la técnica, 12
4. La poesía, los poetas y Platón, 14.
5. El diálogo *Ion*, 20.

ION 27

DIÁLOGOS ION

SÓCRATES. –Salud, Ion. ¿De dónde nos llegas ahora? ¿Vienes de Éfeso, tu tierra?
ION.–Nada de eso, Sócrates. Vengo de Epidauro, de las Esculapias.[1]
S. –¿Acaso los habitantes de Epidauro ofrecen al dios concursos de rapsodas?
I.–Así es. Y de todas las artes propias de las Musas.
S. –¿Cómo es eso? ¿Competiste en algún certamen? ¿Qué tal el resultado?
I.–Nos llevamos los primeros premios, Sócrates.
S. –¡Bella respuesta! Trata de que venzamos también en las Panateneas.[2]
I.–Así será, Sócrates, si Dios quiere.
S. –¡Cuántas veces, Ion, he envidiado vuestra profesión de rapsodas! Porque bien envidiable es una profesión que por una parte os prescribe adornar vuestro cuerpo y mostraros bello como ninguno y, por otra, exige frecuentar a muchos poetas excelentes, en particular a Homero, el mejor y más divino, y conocer a fondo su pensamiento, no sólo sus versos.[3] No sería buen rapsoda quien no comprendiese lo dicho por el poeta. El rapsoda ha de ser, en efecto, intérprete del poeta para sus oyentes, lo cual resultará imposible a quien no comprende lo que el poeta dice. Todo esto es muy digno de envidia.
I. –Estás en lo cierto, Sócrates. Ésta parte de mi profesión es lo que más me ha costado. Por eso me considero capaz de hablar sobre Homero mejor que nadie. Tanto que ni Metrodoto de Lampsaco ni Estesimbroto de Tasos ni Glaucón ni otro antecesor alguno pudo decir sobre Homero tantos y tan bellos pensamientos como yo.
S. –Me alegra oírte, Ion, y claro está que no rehusarás probármelo.
I. –Y vaya si es digno de escuchar, Sócrates, cómo he adornado a Homero. Hasta pienso que los admiradores de Homero debieron coronarme con corona de oro.[4]
S. –Otra vez me haré tiempo para escucharte. Ahora quisiera que me contestaras a esto: ¿Eres versado solamente en Homero o también en Hesíodo y Arquíloco?
I. –En absoluto. Sólo en Homero y me parece bastante.
S. –Pero ¿no habrá temas donde digan lo mismo Homero y Hesíodo?
I. –Supongo que sí, y muchos.
S.–-¿Respecto de estos temas sabrías explicar mejor lo que dice Homero que lo que dice Hesíodo?
I.–-Igual, Sócrates, si del mismo tema dicen las mismas cosas.
S. -¿Y cuando no dicen lo mismo? De la adivinatoria, pongamos, algo dirá Homero y algo Hesíodo.
I. –Por supuesto.
S. –Y bien: de los temas de la adivinatoria en que coinciden y de aquellos en que difieren ¿quién expondrá mejor, tú o un buen adivino?
I. –Un adivino.
S. –De ser adivino tú mismo, capaz de exponer acerca de los temas en que coinciden Homero y Hesíodo ¿no lo serías en aquellos donde difieren?
I. –Evidentemente.

---

[1] Epidauro, ciudad de Argólida, en la orilla opuesta a la ocupada por Atenas, en el golfo de Sarónico, fue el centro más importante de las fiestas en honor de Esculapio, el dios de la medicina. Estos homenajes se celebraban cada cuatro años entre fines de abril y principios de julio.

[2] Las Panateneas, fiestas de todos los atenienses, se celebraban en Atenas. Las llamadas Grandes Panateneas, cada cuatro años. Las llamadas Pequeñas eran probablemente anuales, a fines de julio. El gran festival, instituido bajo Pisístrato incluía competiciones musicales, carreras de carros y de caballos y se cerraba el vigesimooctavo día con una gran procesión ritual en la que intervenía toda la población urbana y campesina. Esta procesión, que atravesaba las calles de la ciudad, está representada en uno de los frisos del Partenón. El premio a los recitadores de poemas homéricos, ceremonia capital en las fiestas, era una corona de oro.

[3] Jenofonte habla en el *Banquete* de los sentidos encubiertos que algunos trataban de descubrir en Homero. Es el método alegórico iniciado por Anaxágoras y extendido por Metrodoro de los aspectos éticos a los físicos. Estesímbroto es mencionado por el mismo autor junto con Anaximandro. Vivió en tiempos de Pericles. No es probable que los comentarios del Ion fueran estrictamente alegóricos. Probablemente, tal como el diálogo lo sugiere, no pasaban de paráfrasis encomiásticas. Por eso Sócrates lo llama "elogiador profesional de Homero".
Glaucón de Teos parece haber sido un famoso rapsoda. Lo menciona Aristóteles en la *Retórica* y quizá sea el mismo citado en la *Poética*.

[4] Los homéridas aquí mencionados designan, en general, a los aficionados a la poesía homérica.

S. –¿Cómo es posible, entonces, que seas versado en Homero y no en otros poetas? ¿Es que Homero toca distintos temas que los demás poetas? ¿No discurrió casi siempre acerca de la guerra y de las relaciones entre hombres buenos y malos, profanos y expertos, de los dioses entre sí y con los hombres y de los sucesos de los cielos y del Hades y de las generaciones de los dioses y de los héroes? ¿No son acaso éstos los temas que poetizó Homero en su obra?
I. –Estás en lo cierto, Sócrates.
S.–-Los otros poetas ¿no tratan las mismas cosas?
I. –Sí, Sócrates, pero no las han poetizado como Homero.
S. –¿Cómo? ¿Peor?
I. –Y mucho.
S. –¿Y Homero mejor?
I. –Muchísimo mejor, por Zeus.
S. –Veamos pues, Ion amabilísimo, cuando entre muchos que hablan de números, hay uno que lo hace mejor que nadie, ¿no habrá quien reconozca al que habla con cabal acierto?
I. –Digo que sí.
S. –¿Y será ese mismo quien reconozca al que habla mal o será algún otro?
I. –El mismo, sin duda.
S. –¿Y no se tratará del experto en aritmética?
I. –Sí.
S. –Ahora bien; cuando entre varios que hablan de alimentos sanos, uno lo hace muy bien ¿será una persona quien conozca a quien en efecto ha hablado bien y otra la que conozca a quien en efecto ha errado? ¿No se tratará en ambos casos de una sola y la misma persona?
I –No hay duda que de una sola.
S. –¿Y quién será ésa persona? Nómbramela.
I. –El médico.
S. –Por lo tanto, recapitulando, siempre será la misma persona quien entre muchos que toquen igual tema conocerá al que acierta y al que yerra. Pues si no conociera al que yerra, claro que tampoco conocerá a quien, en igual tema, acierta.
I. –Así es.
S. –En consecuencia, el versado en ambos aspectos será la misma persona.
I. –Sí.
S. –Dices entonces que Homero y los demás poetas, entre ellos Hesíodo y Arquíloco, tratan los mismos temas aunque no del mismo modo, ya que uno solo habla bien y peor que él los demás?
I. –Y estoy en lo cierto.
S. –Por consiguiente, si conoces al que habla bien, conocerá a los que hablan mal cuando así lo hagan.
I. –Así parece.
S. –No erraremos entonces, amigo excelente, al decir que Ion es versado en Homero y en los demás poetas. Tú mismo conviniste en que la misma persona ha de ser juez competente respecto de cuantos hablen de lo mismo y casi todos los poetas poetizan las mismas cosas.
I. –No obstante, ¿cuál es la causa, Sócrates, de que cuando se discurre acerca de otro poeta ni presto atención ni encuentro razón que valga la pena y quedo por completo amodorrado y, en cambio, apenas alguien recuerda a Homero me despierto de golpe, presto atención y hablo con soltura?
S. –No es difícil explicarlo, amigo. Es visible que eres incapaz de hablar sobre Homero según arte y saber seguro, puesto que si te atuvieras al arte hablarías igualmente de todos los poetas. Porque hay, supongo, un arte de la poesía en conjunto. ¿0 no?
I. –Sí.
S. –Y al considerar otro arte cualquiera en conjunto ¿no se observaría lo mismo respecto de él y de todos los demás? ¿Te place escuchar lo que entiendo por esto?
I. –Sí, por Zeus, que me place escucharos a vosotros los sabios.
S. –Ojalá fuera tal cosa, Ion, pero bs verdaderos sabios sois vosotros, los rapsodas y actores, y aquellos cuyos poemas recitáis. Yo no hago más que decir la verdad como un simple profano. Y acerca de lo que te preguntaba, fíjate qué bajo y corriente y qué accesible al saber vulgar es lo que digo: que siempre se observa lo mismo cuando se posee un arte en su totalidad. Examinemos esta afirmación: ¿no constituye la pintura un arte en conjunto?
I. –Sí.
S. –¿Y no ha habido muchos pintores, excelentes unos y otros desdeñables?
I. –Ciertamente.

S. –Pues bien, ¿conoces a algún pintor capaz de mostrar aquello que Polignoto hijo de Agldosofonte[5] pintó bien y aquello que no, y, sin embargo, incapaz de hacerlo con los demás pintores? ¿Conoces a alguien que, cuando le explican las obras de los demás pintores dormite y se azore y nada tenga que decir y, en cambio, cuando se trata de emitir juicio sobre Polignoto –o el pintor que quieras, pero uno solamente– se despierte, preste atención y hable con soltura?
I. –Por Zeus, no lo conozco.
S. –¿Otro ejemplo? ¿Conoces acaso en la estatuaria a alguien que sobre Dédalo hijo de Metión[6] o sobre Epeyo de Panopeo o sobre Teodoro de Samos[7] u otro escultor cualquiera sea capaz de explicar lo que hizo bien y sobre las obras del resto de los escultores se azore, se adormile y no tenga nada que decir?
I. –No, por Zeus, jamás conocí a alguien así.
S. –Pienso, por lo demás, que ni en la aulética ni en la citarística ni en la citarodia ni en la rapsodia conoces a un hombre capaz de comentar a Olimpo o a Tamiras o a Orfeo o a Femio, el rapsoda de Itaca,[8] pero que acerca de Ion el efesio se azore sin poder acertar si recita bien o no.
I. –Nada tengo que oponerte, Sócrates. No obstante, tengo la convicción de decir sobre Homero cosas mucho más atinadas que los demás hombres, que acierto y que todos dicen que de Homero hablo bien y sobre los otros no. Tú dirás qué significa esto.
S. –Lo veo, Ion, y trataré de mostrarte lo que a mi entender significa. No es el arte lo que te hace hablar bien acerca de Homero, como ya antes dije, sino que te mueve una fuerza divina, a semejanza de lo que ocurre con la piedra que Eurípides llamó Magnética[9] y la gente llama heracleida. Esta piedra no sólo atrae los anillos de hierro sino que les comunica la fuerza de obrar corno ella, esto es, atraer otros anillos. De esta suerte se eslabona a veces, suspendidos unos de otros, una larga cadena de anillos. Para todos ellos la fuerza proviene de la piedra. Es así como la Musa en persona produce algunos endiosados y, a través de éstos, otros se entusiasman y traban en cadena. Pues todos los poetas épicos, los buenos, no dicen por arte sus bellos poemas, sino por endiosados y posesos. Igualmente los buenos poetas líricos. Así como los coribantes[10] no están en sus cabales cuando bailan, tampoco los poetas líricos cuando componen sus bellos cantos. Apenas pisan la armonía y el ritmo caen en trance báquico y quedan posesos, como posesas y no en sus cabales sacan las bacantes leche y miel de los ríos. De este modo procede el alma de los poetas líricos, según dicen ellos mismos. Pues los poetas nos dicen, ¿no es cierto?, que voladores como abejas[11] nos traen sus bellos cantos que han libado de fuentes de miel y de ciertos jardines de las Musas.[12] Y dicen la verdad: el poeta, cosa ligera, alada y sagrada, es incapaz de crear hasta que se endiosa y enajena, hasta perder la razón entera. Porque al hombre razonable le es del todo imposible poetizar y cantar oráculos. Quienes poetizan no lo hacen por arte, ni tampoco quienes hablan mucho y bellamente sobre los poemas como tú de Homero. Actúan por don divino. Y solamente le es dado a cada cual acertar en el género a que lo incita la Musa: uno compondrá ditirambos, otro encomios, otro danzas con cantos, otros epopeyas, otro yambos. Fuera del suyo, será torpe en los demás géneros. Señal de que no hablan por arte sino por fuerza divina, pues si supieran hablar con arte de un solo asunto, acertarían en todos los otros. El dios, arrebatándoles la cordura, usa a los poetas como servidores, así como a los oráculos y adivinos inspirados, con el designio de que los oyentes comprendamos que quienes tan dignas palabras dicen no son esos insensatos sino que es el propio dios que resuena a través de ellos. Tínico el calcedonio[13] es la mejor prueba de nuestro aserto; no compuso otro poema merecedor de memoria que aquel peán que todos cantan, quizá el más bello de los cantos y, como él

---

[5] Polignoto hijo de Aglaofonte. Nacido en Tasos, murió ciudadano ateniense hacia 426 a. C. Famosísimo en la antigüedad, pintó, entre otras obras, una toma de Troya, una batalla de Maratón y el descenso de Ulises al Hades.
[6] Dédalo de Metión. Es el artista semimítico a quien se atribuye el Laberinto de Creta, la invención de estatuas con los ojos abiertos y dotadas de movimientos y en particular, las alas con que su hijo Ícaro trató de huir de Creta.
[7] Teodoro de Samos. Pasó por ser el inventor del proceso de fundición del bronce y el hierro. Epeyo es el constructor del insidioso caballo de Troya. Quizá la elección de estos escultores semimíticos, del mismo linaje que los músicos en seguida mencionados, responde en boca de Sócrates a una intención irónica.
[8] Olimpio: mítico tañedor de flauta, frigio. Se le atribuyó la invención de la música instrumental y de los modos y ritmos propios del arte de la flauta o aulética. Tamiras de Tracia es otro músico legendario Lo menciona Homero en la *Ilíada*. Su jactancia fue castigada por las Musas. Orfeo, hijo de Calíope, tracio también, movía árboles rocas y montañas con su canto capaz de amansar a las fieras. En busca de su amada Eurídice descendió a los infiernos. Así como Tamiras representa el arte de la cítara sin acompañamiento vocal, Orfeo es el cantor por antonomasia. Femio es el aedo que canta en la *Odisea* ante los pretendientes de Penélope.
[9] Eurípides, *Oeneus* (fragm. 571, Nauek).
[10] Eurípides, *Las bacantes* 708-711.
[11] Cf. Aristófanes, *Las aves* 748-51. “Allí semejante a la abeja, iba Frínico a extraer la ambrosía de sus versos”.
[12] Jardines de las Musas.
[13] Nada sabemos de Tínico fuera de este pasaje.

mismo lo dice, sin arte alguno: "hallazgo de las Musas". En este ejemplo, mejor que en ninguno, me parece, nos demuestra el dios, para que no nos quepa duda, que los bellos poemas no son humanos, obra de los hombres, sino divinos, obra de los dioses, cada poeta poseído por su dios. ¿No te parece que digo la verdad, Ion?

I. –Sí, por Zeus, que con tus razones me has llegado al alma y en efecto me parece, Sócrates, que por don divino los poetas interpretan a los dioses.

S. –Entonces vosotros, los rapsodas, ¿Interpretáis los dichos de los poetas?

I. –También en esto dices la verdad.

S. –¿Resultáis entonces intérpretes de intérpretes?

I. –Efectivamente.

S. –Espera, Ion, y contéstame sin escabullirte lo que voy a preguntarte. Cuando declamas bien los cantos épicos y arrebatas al máximo a los espectadores, cuando, por ejemplo, cantas a Ulises que audaz traspasa los umbrales de su casa y se manifiesta a los pretendientes disparando su saeta y clavándola ante cada pie [14] o a Aquiles arrojándose sobre Héctor[15] o los dolores de Andrómaca[16] o los de Hécuba[17] o los de Príamo[18] ¿estás en tus cabales o fuera de ti, pareciéndote que tu alma entusiasmada está con los hechos que dices, en Itaca si ocurren en Itaca, en Troya si en Troya, o en donde los poemas épicos los sitúen?

I. –¡Qué evidente para mí el testimonio que enuncias, Sócrates! Te hablaré sin reserva alguna. Cuando declamo miserias, los ojos se me llenan, doloridos, de lágrimas, y cuando algo aterrador y temible, se me erizan de terror los pelos y el corazón se sobresalta.

S. –Pues bien. ¿Diremos, Ion, que está en sus cabales un hombre que revestido de abigarrados ornamentos y coronas de oro se echa a llorar en medio de sacrificios y de fiestas sin que haya sufrido pérdida alguna o tiemble de terror rodeado de veinte mil hombres, ninguno de los cuales nada le quita y en nada le molesta?

I. –No, por Zeus, Sócrates, de ninguna manera, si hemos de ser veraces.

S. –¿No sabéis que en muchos de vuestros espectadores producís los mismos efectos?

I. –Vaya si lo sé. Los veo en cada ocasión, desde lo alto de mi estrado, que lloran y lanzan miradas amenazantes y quedan, como yo, conmovidos por mis palabras. Necesito vigilarlos; porque si los hago llorar, yo me reiré al tomar mi dinero, pero si se ríen, a mí me tocará llorar la pérdida de mi salario.

S. –Sabe, pues, que éste, el espectador, es el último de los anillos de que te hablaba, los cuales reciben unos de otros la fuerza de la piedra heracleida. El anillo intermedio eres tú, el rapsoda, el actor. El primer anillo es el poeta. El dios, a través de todos los anillos, arrebata el alma de los hombres a su arbitrio uniéndolos por la fuerza trasmitida de uno a otros. A semejanza de como lo hacía aquella piedra, se eslabona la inmensa cadena de coreutas, maestros de coro y ayudantes, a partir de los anillos suspendidos más cerca de la Musa. Y un poeta depende de una Musa, otro de otra: a esto lo llamamos estar poseso, casi lo mismo, estar sujeto. A estos primeros anillos, los poetas, otros se eslabonan y se entusiasman. Unos de Orfeo, otros de Museo.[19] Pero los más están poseídos y sujetos por Homero. Entre ellos tú, Ion, poseído por Homero, que cuando alguien declama algo de otro poeta te adormeces y atontas y, apenas suenan cantos de tu poeta, despiertas de golpe, te baila el alma y hablas con soltura. Pues lo que de Homero dices no es por arte y saber seguro sino por don divino y posesión. Como los coribantes sólo captan con prontitud una melodía, la del dios que los posee, y para éste aciertan las figuras y los pasos y de los otros nada comprenden, de igual manera tú, Ion, cuando se te recuerda a Homero aciertas y acerca de todo lo demás fallas. Ésta es la causa, si me lo preguntas, de que aciertes con Homero y falles con los otros: que eres diestro ensalzador de Hornero, no por arte sino por don divino.

I. –Bien hablas, Sócrates. Me admiraría, no obstante, si hablaras tan bien como para persuadirme de que poseso y maníaco hago yo el elogio de Homero…pienso que tú mismo no lo creerías si me escucharas hablar de Homero.

S. –Te escucharé de buena gana, pero no antes de que me hayas respondido a esto: entre los temas que trata Homero ¿de cuál hablas tú bien? Pues no será, por cierto, de todos.

I.–Sabe, Sócrates, que de todos sin excepción.

S. –No, por cierto, de aquellos que tú no conoces y que Homero trata.

I. –¿Y en qué consisten estos temas que Homero trata y que yo ignoro?

---

[14] *Od*., XXII, principio.

[15] *Il*., XXII, 312 sigs.

[16] *Il*., XI, 370-502; XXII, 407-515; XXIV, 723-746.

[17] *Il*., XXII, 79-89; XXII, 405-sigs.; 430-436; XXIV, 747-760.

[18] *Il*., XXII, 33-78; XXII, 408-428; XXIV, 160-717.

[19] Museo: tracio legendario vinculado con Orfeo. Primer sacerdote de los misterios de Eléusis. Se le atribuyeron varios poemas religiosos. Ya en la antigüedad impugnó, por intermedio de Pausanias, estas atribuciones.

S. –¿No habla Homero en muchos lugares y largamente de los oficios? Por ejemplo, del oficio de cochero si me acuerdo, de los versos, te los citaré.
I. –Los diré yo, pues los recuerdo.
S. –Dime lo que dice Néstor a su hijo Antíloco aconsejándole que tome precauciones en la vuelta de la carrera de carros en honor de Patroclo.
I. –"Inclínate –dice– sobre el bien pulido carro, suavemente hacia la izquierda; luego, al caballo de la derecha excita con el aguijón y la voz mientras lo riges con las riendas. Que el caballo de la izquierda roce tanto el tope que parezca al bien labrado eje tocar el ápice de la piedra. Pero cuidado con chocar la piedra."[20]
S. –Basta. Si estos versos de Homero dicen bien o no, ¿quién lo sabrá mejor, un médico o un cochero?
I. –Un cochero, por cierto.
S. –¿En razón de su oficio o por otro motivo?
I. –No, por su oficio.
S. –¿Cada oficio ha recibido, por tanto, del dios la capacidad de conocer una cierta obra? No conoceremos por el arte del piloto lo que conocemos por la medicina.
I. –Claro que no.
S. –¿Será que en las artes lo que conocemos por una, no lo conoceremos por otra? Pero antes contéstame a esto: ¿dices que un arte difiere de otro?
I. –Sí.
S. –Fundándome en esto, según un arte sea saber de ciertas cosas y otro arte de otras les doy nombres diferentes. ¿Tú también?
I. –Sí.
S. –Pues si uno y otro arte fueran saber de iguales cosas ¿cómo los distinguirías? Tú sabes, como yo, que los dedos son cinco. Si yo te preguntara si lo sabemos por el mismo arte, la aritmética, seguramente asentirías.
I. –Efectivamente.
S. –Contéstame ahora a lo que te pregunté antes, si en todo arte es a tu parecer así, que el mismo arte nos haga conocer necesariamente las mismas cosas y otro –puesto que difieren– nos haga conocer necesariamente otras.
I. –Tal me parece, Sócrates.
S. –Por consiguiente, ¿quien no posea un determinado arte no podrá conocer con justeza sus términos y operaciones?
I. –Dices la verdad.
S. –En los versos que has recitado, ¿,quién sabrá mejor si Homero habla justamente, tú o un cochero?
I. –Un cochero.
S. –Porque eres rapsoda y no cochero.
I. –Sí.
S. –¿Y la rapsódica es otro arte que el de los cocheros?
I. –Sí.
S. –Y si es otro, es saber de otras cosas.
I. –Sí.
S. –¿Y cuando Homero habla de Macón herido a quien Hecamede, la concubina de Néstor, le da a beber el cyceon? Dice más o menos así: "Sobre vino de Pramnos rallaba queso de cabra con rallador de bronce; para condimento del brebaje puso cebolla".[21] Si Homero habla o no rectamente ¿corresponde dictaminarlo a la medicina o a la rapsódica?
I. –A la medicina.
S. –Y cuando dice Homero: "Llega al fondo, como plomo que se hunde, fijo en cuerno de toro salvaje, acarreando males a los peces voraces".[22] ¿A quién diremos que le corresponde juzgar si Homero habla rectamente o no, al arte de pescar o a la rapsódica?
I. –Claro, Sócrates, que a la piscatoria.
S. –Supongamos que tú, el interrogado, me preguntas ahora: "Puesto que tú, Sócrates, encuentras lo que corresponde juzgar a cada arte, trata de encontrarme cuáles son las cosas en que corresponde juzgar al adivino si ha hablado bien o mal el poeta"; fíjate qué fácil me es contestarte de veras. Muchas veces habla y en la Odisea dice, por ejemplo, cuando uno de los descendientes de Melampo, el adivino de Teoclimenos,[23] se dirige a los pretendientes: "Infortunados ¿qué mal os ocurre? Vuestras cabezas están rodeadas por la

[20] *Il*., XXIII, 335-340.
[21] *Il*., XI, 639-40.
[22] *Il*., XXIV, 80-82.
[23] *Od*., XV, 225-256 para la genealogía de Teoclimeno.

noche y la cara y los pies, y una queja estalla y el llanto moja vuestras mejillas. El soportal está lleno de espectros y lleno el patio, y se van hacia el Erebo bajo la sombra. El sol ha desaparecido del cielo, vino la bruma siniestra".[24] Y muchas veces en la *Ilíada*, como en el combate del muro. Dice allí: "Un ave vino sobre ellos, que buscaban orientarse, un águila de alto vuelo hacia la izquierda impelió al ejército. Llevaba en sus garras una enorme serpiente roja, viva aún y palpitante y peleadora todavía. Picó a su raptor en el pecho y junto al cuello volviendo la cabeza. Y el águila, de dolor, la arrojó a tierra, en medio de la multitud, y luego, con un grito, se voló en el viento".[25] Estos, pasajes, digo, y los parecidos, corresponde al adivino examinarlos y juzgarlos.
I. –Y dirás la verdad, Sócrates.
S. –Y tú también, Ion. Y ahora, como yo elegí en la *Odisea* y en la *Ilíada* lugares que por su índole, corresponden al adivino y al médico y al pescador, elígeme, puesto que eres más versado que yo en Homero, aquellos que correspondan al rapsoda y al arte rapsódica, aquellos que al rapsoda conviene examinar y juzgar de preferencia a los demás hombres.
I. –Y yo te digo, Sócrates, que todos.
S. –No eres tú, Ion, quien dice que todos. ¿Tan olvidadizo eres? Sin embargo no convendría al rapsoda de profesión ser tan olvidadizo.
I. –¿Qué es lo que he olvidado?
S. –¿No recuerdas que dijiste que el arte rapsódica es otro que el arte del cochero?
I. –Recuerdo.
S. –Y puesto que otro ¿no admitiste que conocerá otras cosas?
I. –Sí.
S. –Por tanto, según tu aserción, la rapsódica no conocerá todo ni tampoco el rapsoda.
I. –Sí, salvo acaso de cosas de esta clase, Sócrates.
S. –¿Por "cosas de esta clase" entiendes, más o menos, las propias de otras artes? ¿Qué conocerá la tuya, ya que no conoce todo?
I. –Lo que conviene decir, entiendo, a un hombre y una mujer, a un esclavo y a un hombre libre, lo que conviene al que obedece y al que manda.
S. –¿El rapsoda conocerá mejor que el piloto lo que le conviene decir al que manda en el mar en barco sacudido por la borrasca?
I. –No, sino el piloto.
S. –¿Y conocerá lo que le conviene decir al que manda a un enfermo mejor que un médico?
I. –Tampoco.
S. –¿Y lo apropiado al esclavo, dices?
I. –Sí.
S. –¿Dices, por ejemplo, que lo que conviene decir al esclavo boyero para apaciguar a sus toros enfurecidos lo conocerá el rapsoda y no el boyero?
I. –Cierto que no.
S. –¿Será lo que conviene decir a una hiladora acerca de sus labores de lana?
I. –No.
S. –¿Y sabrá lo que conviene decir a un general para arengar a sus soldados?
I. –Sí, ésa es la clase de cosas que conocerá el rapsoda.
S. –¿Cómo? ¿La rapsódica es entonces estrategia?
I. –Sea como fuere, yo sabría lo que corresponde decir a un general.
S. –Acaso también seas militar, Ion. Pues si unieses el arte del auriga al arte del citarista conocerías los caballos bien y mal adiestrados. Pero si yo te preguntara: "Ion, ¿según cuál arte conoces, los caballos bien adiestrados? ¿Es como auriga o como citarista?" ¿Qué me responderías?
I. –Te contestaría que como auriga.
S. –Por tanto, si supieras distinguir a los buenos citaristas ¿convendrías en que los distingues en tanto que citarista y no en tanto que auriga?
I. –Sí.
S. –Y puesto que conoces el arte militar ¿lo conoces como general o como buen rapsoda?
I. –No veo diferencia alguna.
S. –¿Cómo? ¿Ninguna diferencia? ¿La rapsódica y la estrategia son, en tu opinión, sólo un arte o dos diferentes?

---

[24] *Od*., XX, 351-357.
[25] *Il*., XII, 200-207.

I. –Me parece que una sola.
S. –¿Quien sea un buen rapsoda será, pues, buen general?
I. –Justamente, Sócrates.
S. –Por consiguiente, quien sea buen general ¿será también buen rapsoda?
I. –No me parece.
S. –¿Pero te parece que todo buen rapsoda es también buen general?
I.–En efecto.
S. –¿Y eres tú el mejor rapsoda entre los griegos?
I. –Sí y con mucho, Sócrates.
S. –Y general, Ion, ¿eres el mejor entre los griegos?
I. –Sábelo bien, Sócrates, y lo soy por haberlo aprendido en Homero.
S. –Y entonces, en nombre de los dioses, Ion ¿por qué siendo a la vez el mejor de los griegos como general y como rapsoda, andas por Grecia ejerciendo de rapsoda y no mandas ejércitos? ¿Te parece que los griegos tienen gran necesidad de un rapsoda coronado con corona de oro y ninguna de un general?
I. –Nuestra ciudad, Sócrates, está regida por vosotros y bajo vuestro comando y por eso no necesita un general; en cuanto a la vuestra y Lacedemonia no me elegirían general a mí: vosotros creéis bastaros en eso.
S. –¿No conoces, excelente Ion, a Apolodoro de Cíjzico?
I. –¿Cuál?
S. –Aquel que los atenienses, aunque extranjero, han elegido muchas veces. Lo mismo que a Fanostemo de Andros y Heracles de Clazomenes,[26] a los cuales la ciudad, no obstante tratarse de extranjeros, y como recompensa por sus méritos, los elevó a los mandos militares y a otros cargos. ¿Y a Ion de Éfeso no lo elegirá general y honrará si pareciera digno de ello? ¿Cómo? ¿No sois los de Éfeso atenienses de origen y es Éfeso[27] menos que otra ciudad? Pero tú, Ion, si me dices la verdad al afirmar que elogias a Homero por arte y saber, delinques, pues de haberte jactado ante mí de saber muchas y bellas cosas acerca de Homero y prometido que lo demostrarías, me engañas y te guardas muy bien de mostrármelas, puesto que no quieres decirme cuáles son esas cosas de que hablas con versación. Y aunque yo haya insistido mucho, tú, para decirlo sin rodeos, te revuelves como Proteo,[28] de aquí para allá y finalmente después de escabullirte te me apareces en figura de general. Todo para no demostrarme cuál es tu versación en la sabiduría de Homero. Si eres conocedor profesional de Homero, como hace un rato decías, y habiéndome prometido mostrarlo, te burlas de mí, eres por cierto culpable de injusticias. Si no eres un conocedor profesional, sino que poseído por un don divino, no sabiendo nada de Homero, hablas mucho y bellamente del poeta como afirmé de ti, en nada eres culpable. Elige, pues, si prefieres que te tengamos por varón injusto o por varón divino.
I. –Grande es la diferencia, Sócrates. Muchísimo más bello es ser tenido por divino.
S. –Y lo más bello, Ion, es lo que, creemos, te corresponde: ser varón divino y no profesional en elogios de Homero.

---

[26] Véase la noticia de Louis Méridier (págs. 23-24) a su edición del *Ion*, *Belles Lettres*.

[27] Éfeso, parte de la confederación marítima, estaba sometida al poder civil y militar de Atenas. Era fiel todavía a la causa ateniense en 424 a. C. (cf., Tucídides IV, 50), y se separó algunos años más tarde. El hecho mencionado permite fechar la época en que Platón sitúa el diálogo. Según la tradición, Éfeso había sido fundada por Androclo, hijo de Codre, rey de Atenas (Estrabón, XIV, 1; Pausanias VII, 2, 5). Todavía se mostraba allí su tumba (Paus., VII, 2, 6). Méridier.

[28] *Od*., Iv, 455 sigs. Proteo no se deja dominar por Menelao sino después de toda suerte de metamorfosis: se cambia sucesivamente en león, en dragón, en pantera, en cerdo enorme, en agua, en árbol.

Para cerrar estas notas, citemos a Antonio Machado:
"… y sueña con el pastor Proteo,
que sabe los rebaños del mar guardar
y sueña que le llaman las hijas de Nereo,
y ha oído a los caballos de Poseidón hablar"